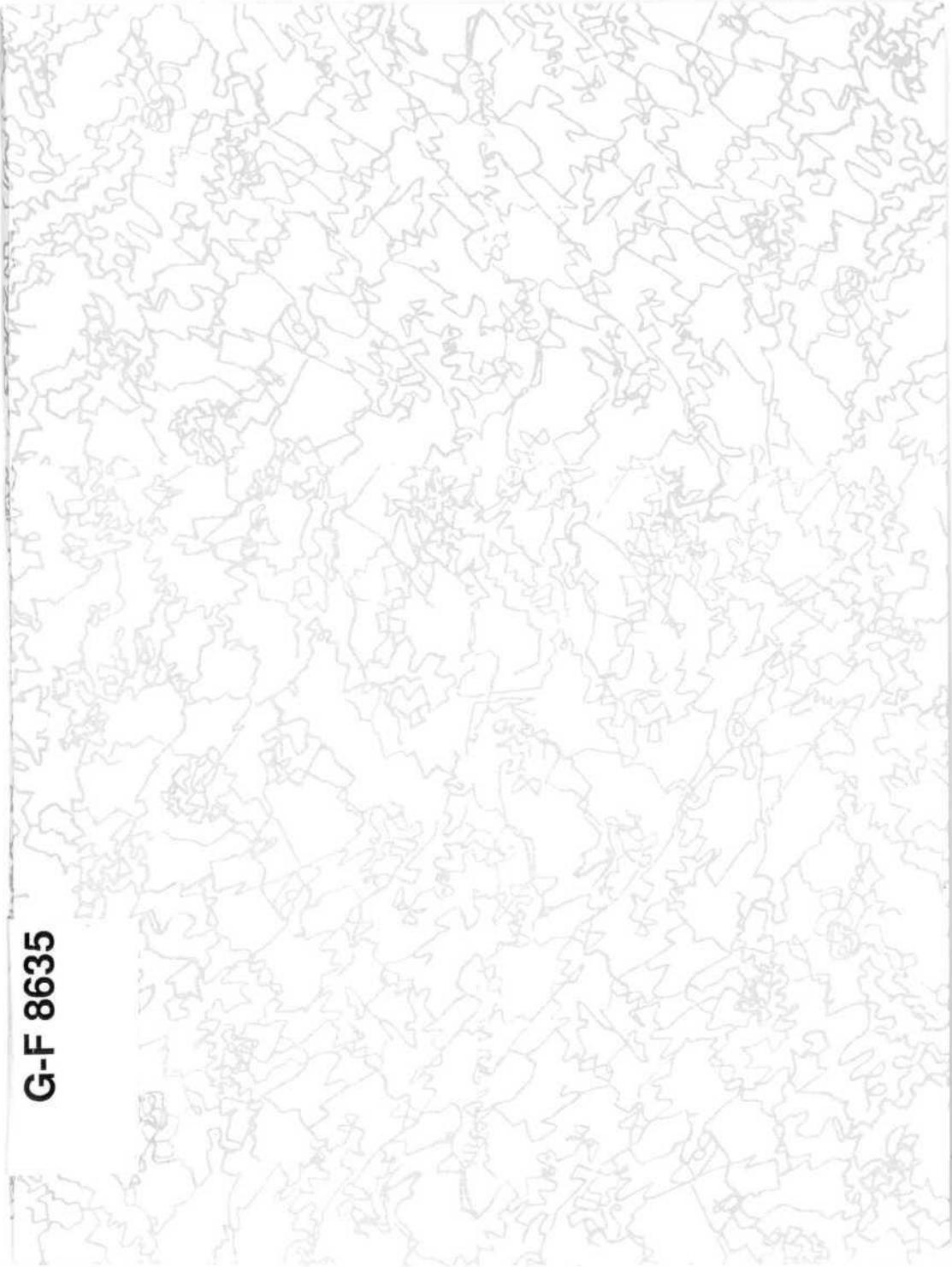


**G-F 8635**



DG  
A



T. 145336  
C. 1181346

R. 109502

# ORACION FUNEBRE

QUE

EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS EN LA CATEDRAL DE VALLADOLID

POR EL CUERPO DE OFICIALES DEL REGIMIENTO

DE VOLUNTARIOS DE LA CORONA

Á LA BUENA MEMORIA Y FELIZ DESCANSO DEL ALMA

DEL ○

EXCMO. SEÑOR DON JOSEF URRUTIA

ZAMITITZ Y LAS CASAS,

CABALLERO COMENDADOR EN LA ORDEN DE CALATRAVA,  
DE LA MILITAR DE SAN JORGE EN RUSIA, GRAN-CRUZ  
DE LA REAL Y DISTINGUIDA DE CÁRLOS III., DIRECTOR  
Y CORONEL GENERAL INTERINO DEL REAL CUERPO  
DE ARTILLERIA, INGENIERO GENERAL DE LOS REALES  
EXÉRCITOS, PLAZAS Y FRONTERAS, INSPECTOR  
GENERAL DE ESTOS CUERPOS, CAPITAN GENERAL  
DE LOS REALES EXÉRCITOS &c.

DIXO

*EL R. P. FR. LEONCIO DE VILLODRIZ,*  
*Lector de Teologia en su Convento de PP. Capuchinos*  
*de dicha Ciudad.*

VALLADOLID: MDCCCIII.

En la Oficina de la Viuda y Hijos de Santander.

O

*In mortuum produc lacrimas . . . et fac luctum secundum meritum ejus, Eccli. cap. 38. v. 16. 18.*

¡E!s pues cierto que no solamente estamos destinados en esta vida miserable á pagar con ella el tributo de que somos deudores á la inexôrable muerte, sino que nos es indispensable sentir y llorar diariamente los despiadados golpes con que no cesa de hacer alarde á nuestra vista del tiránico dominio que exerce sobre nosotros! No contenta con tenernos en un perpetuo temor y sobresalto, estando á todas horas, á todos momentos con la feroz cuchilla levantada sobre nuestros cuellos, ella se complace en hacernos morir todos los dias despedazando nuestro corazon con los sentimientos que nos ocasiona, y arrancándonos una porcion de nuestra vida en las víctimas que van delante de nosotros á servir de pasto á su insaciable voracidad. ¿Quien hay que no se vea precisado á morir de antemano en el discurso de su vida en el Padre, en el Esposo, en el Amigo fiel, en el Protector generoso, sintiendo con ellos los horrores del sepulcro, donde ya solo sobre cenizas se esculpen tan dulces títulos? Condicion es de la humana naturaleza, y dura necesidad derivada á nosotros desde la primera desgracia en que todos incurrimos, el que nada, nada go-

emos en esta vida aun de los bienes lícitos y que nos son necesarios, que no sea acibarado con la cierta memoria de tener que perderlos. La naturaleza nos hizo sensibles, nos ha dado lágrimas que derramar; y quando nuestro llanto cae sobre la pérdida de unos objetos tan amables, entonces sin degradarnos mostramos la justicia de nuestros sentimientos por haberlos perdido. La Religión, que por otra parte parece mostrarse tan austera, aprueba el que las derramemos, y solamente nos manda evitar aquellos excesos de dolor que pudieran enervar nuestra constancia.

¿Puede por ventura ser indiferente para el Ejército Español la pérdida del ilustre Guerrero que la atroz muerte acaba de borrar de la lista de los que hacian su mayor gloria? ¿Acaso está reñida con el valor la justa sensibilidad con que los corazones mas esforzados lloraron sobre los sepulcros de los Héroe, cuyas acciones habian adquirido derecho á este primer tributo debido á su fama? ¿Como pudiera la Patria mostrarse agradecida á los servicios hechos tal vez á costa de la propia sangre de unos hijos beneméritos, sino con estas públicas demostraciones de dolor y angustia en haberlos perdido? ¿Dexando á un lado los exemplos profanos de aquellas pompas fúnebres hechas en el campo de batalla sobre los que se habian sacrificado para dar la victoria á sus compañeros, no es así como nos enseñan á cada

paso las SS. Letras que eran públicamente llorados los robustos de Israel, que hacian la salud del Pueblo? (1)

¿Mas á que fin empiezo yo excitando sentimientos, apologizando nuestras lágrimas, quando veo que son ellas las que previenen mi discurso? ¿Quando veo que las empinadas hayas, para hablar en frase de Zacarias (2), que las robustas encinas de Basán son las primeras que se lamentan de ver caido al elevado y magestuoso Cedro, que era el mejor adorno de su frondoso bosque? No, no es menester que yo os diga, ó ilustres Guerreros que me escuchais, que son justos vuestros sentimientos, que no desdicen de vuestra profesion las lágrimas que derrameis en este dia. Vuestros semblantes tristes y abatidos anuncian el dolor que os causa haberos visto precisados á erigir este fúnebre mausoleo, que si bien nos dice con su silencio melancólico, con su lúgubre decoracion, con sus trémulas y pálidas luces, que toda la gloria de este mundo es semejante á él mismo en la duracion y apariencia, tambien nos habla á favor del que ha merecido que se le erigiéseis en el Templo de Dios vivo.

Yo lo repito: Todo el Ejército Español debe cubrirse de luto por la muerte del valeroso Caudillo que acaba de perder. Mas si á todo el Ejército corresponde llorarle, no hay duda que con especialidad correspondia este público llanto al Regimiento de Voluntarios de la

(1) 2. Paralip. c. 35. v. 24. aliisque in loc. bene mult. (2) Zach. c. 11.

Corona, y á su brillante y valerosa Oficialidad que con razon se glorian de haber tenido por Padre, Fundador (a) y Protector al mismo á quien consagra estas demostraciones públicas de su grata memoria y de su pena en haberle perdido.

¡Ah! Seguros podeis estar, hijos valerosos de tal padre, que el llanto que hoy excitais en los corazones nobles de los que os acompañan á celebrar estas exêquias, no será privativo de esta Ciudad, sino que habiendo fluído á vosotros desde los mas elevados montes de la Nacion, se irá derramando hasta los mas profundos valles, extendiéndose sucesivamente (si ya no forma en la actualidad vuestro triste eco) á todas las Provincias y á las posesiones mas remotas de que se compone esta vasta Monarquía. Nuestros augustos Soberanos que conociéron y honraron su mérito, el Generalísimo que hacia de él su confianza, sus Compañeros de mando que le hacian justicia, los Subalternos que admiraban su talento, los Soldados que apetecian con ansia servir baxo sus órdenes. . . ¿Que me canso? La voz de la Nacion entera se reunirá con la vuestra, será una misma para publicar que hemos perdido uno de los mejores Guerreros de que podiamos gloriarnos á la faz de las otras Naciones en la muerte del EXCMO. SR. D. JOSEF DE URRUTIA, CABALLERO GRAN-CRUZ DE LA ORDEN DE CÁRLOS III, CAPITAN GENERAL DE LOS REALES EXÉRCITOS,

## INSPECTOR DE ARTILLERIA, Y DEL REAL CUERPO DE INGENIEROS.

¡El General Urrutia ha muerto!... Sí: ya lo hemos dicho, ya lo hemos nombrado; y seguramente que su nombre no habrá disminuido el dolor con que hemos anunciado su muerte. Todos convendrán que es digna de llorarse por la gloria que habia procurado á nuestras armas; y que estas deben lamentarse de haberle perdido, no ménos que tener presentes sus exemplos de virtudes militares para elogiarlas, y aun mas para imitarlas. Mas ved aquí que enmedio de esta voz comun del mérito del Señor Urrutia, en que concuerda toda la Nacion, yo seria el único que estando encargado de elogiarle tuviese que guardar un profundo silencio, si ningun otro título me presentase que el de su valor y pericia militar.

¡Ó Religion santa! ¡Ó Dios de las Virtudes y de los Exércitos, que diferentes son vuestros equitables juicios sobre el mérito de los hombres, á los que forman los hombres mismos! ¿Pensarémos acaso que las glorias militares serian por sí mismas suficiente motivo para merecer elogios en el Templo santo el que supo alcanzarlas, si no supusiesen juntas con ellas las virtudes cristianas? Léjos de una milicia cristiana tan profano pensamiento. El Templo de Marte pudo ser teatro apropósito para unas glorias tan vanas por sí mismas como la divinidad

(VIII)

que las autorizaba; pero el Templo del verdadero Dios nada admite que no esté marcado con el sello santo de la Religión. ¿Qual pues habrá sido el destino de un hombre que segun la frase usada en el mundo, caminaba seguramente al país de la inmortalidad? ¡Ó duda triste de que no pueden eximirse enteramente los elogios que le tributemos! Pero consolémonos: la firme adhesion del Señor Urrutia á la Religión que mantuvo toda su vida, la integridad de sus costumbres, las virtudes cristianas que dexó traslucir su modestia son nuestros garantes para poder formar el elogio del soldado, suponiendo siempre el carácter y conducta de cristiano. Sobre este pie y baxo todas las protestas que en semejantes lances tiene determinado la Iglesia, es preciso que caminemos.

¡Mirado en este punto de vista, que desgracia del Excmo. Sr. Urrutia, y del Cuerpo ilustre que le ofrece estas Exèquias, que las circunstancias hayan puesto en este lugar á un Orador tal como el que vais á oír! ¡Que lástima que el tiempo haya dadó tan poco de sí, que haya sido preciso abreviar su elogio, formarlo sobre escasas noticias!... Pero dexemos de hablar en nuestro abono. No se ignora lo que pudiera decir sobre este asunto, y estoy cierto que se disimularán las muchas faltas que es preciso se hallen en esta Oracion fúnebre. Tratemos mas bien de fundarla en lo que nos dice la voz pública y los principales acontecimientos que sabemos de la vida

de este grande hombre, y serán menores nuestros yerros. Creo que siguiendo esta regla podemos decir del Excmo. Sr. Urrutia con toda verdad: *que no adquirió honor en la carrera de las armas á que no hubiese precedido un mérito sobresaliente: y que tanto mas brilló su mérito quanto fuéron mas grandes sus honores.* Continuemos sobre este Plan sencillo la relacion de sus servicios militares á la Patria, y de sus acciones mas brillantes.

#### PRIMERA PARTE.

**E**s preciso confesar que las honras y dignidades mundanas, léjos de poder formar un argumento á favor del mérito del que las posee, presentan en la historia universal de su distribucion mas exemplos del vicio ensalzado que de la virtud premiada. Con todo tambien es innegable que la justicia no está enteramente desterrada del pais montuoso de los honores; y que si la ciega fortuna tiene un camino llano y oculto por donde á escusas de la fatiga conduce al mayor número á gozar de sus favores; tambien hay quienes suban cuesta arriba trepando por peñascos, y abriéndose camino entre las malezas hasta llegar á la cumbre, donde se muestran con tanta mas brillantez, quanto el astro luminoso por sí mismo se discierne del que lleva las luces prestadas. El con-

cepto preventivo de toda la Nacion á favor del Excmo. Sr. D. Josef de Urrutia en la carrera de las armas se anticipa á mis reflexiones para colocarle en el corto número de estos grandes hombres que por sí mismos saben elevarse ganando terreno á fuerza de combates. ¿Y segun esté concepto tan bien formado por la pública opinion, qué me resta que hacer sino presentar sus virtudes *cristiano-militares* donde se vean como otros tantos escalones que supo abrirse para subir al monte de la gloria? Observemos sus principios, sus progresos y sus fines, y todo veremos que prueba esta hermosa lucha del mérito, que fuerza y atrae hácia sí á la dignidad.

Acaso se habrá extrañado la novedad del término que acabo de emplear, llamando virtudes *cristiano-militares* á las que gobernaron el corazon de nuestro difunto Héroe en la brillante carrera que nos ofrecen los hechos hazafiosos de que está texida su vida militar. Se dirá tal vez que es monstruosa la union que pretendo hacer, y que el resultado será una confusion de ideas difícil de desenredar y poner en claro. ¿Por ventura las máximas del Evangelio son las que han de fallar del mérito de un soldado?... Sea otra pregunta hecha por nuestra parte á los que creyesen habernos embarazado con la primera, la que disponga la respuesta que les daremos. ¿Acaso el ser buen cristiano está reñido con ser un excelente soldado? Si un error tan grosero fuese capaz de cundir en

la milicia cristiana le agoviaríamos con el peso de tantos exemplares como nos ofrecen los ilustres Héroes en que abunda la historia de la Religion. Representaríamos á esta que transformada en la figura de un anciano venerable da lecciones de valor á unos jóvenes, y les infunde con sus palabras divinas todos los sentimientos de un heroismo el mas sublime.

No seria ciertamente una ficcion poética. Yo abro los Libros santos, y veo en ellos esta pintura que arrebatada toda mi atencion. El anciano Matatias cercano á la muerte convoca al rededor de sí á sus hijos á quienes desea inspirar los generosos sentimientos con que él muere, y que á ellos debian conducirlos para alcanzar una sólida gloria. Su razonamiento, aunque corto no puede tener cabida en este discurso. Solo haré uso de aquellas breves y enérgicas palabras con que lo concluye, y que mas hacen á mi asunto: » Vosotros pues hijos, les dice » este Padre respetable, revestíos de fortaleza, y conducidlos varonilmente en la ley del Señor, que ella hará » gloriosos vuestros nombres." (1) Bien podemos desafiar á toda la historia profana que nos presente unos hechos tan memorables como los que diéron tanta fama á estos hijos beneméritos así instruidos por la Religion, que les hablaba en boca de un padre moribundo.

Es constante: la Religion, la Ley santa del Señor

b2

(1) 1. Machab. c. 2. v. 64.

conduce al soldado que la observa por las sendas del honor, y hace de sus acciones militares otros tantos actos de virtud cristiana. ¡Ay! ¿De que hubieran servido al Sr. Urrutia sus glorias de soldado, si como ya diximos en el exórdio, no viésemos en todas ellas al hombre cristiano? No es pues monstruosa la union de estas dos qualidades que gloriosamente supo hermanar nuestro difunto Héroe. No es fallar de su mérito en el arte de la guerra por la observancia de la ley del Señor, sino añadir mayor gloria, la principal que en todos estados forma al Héroe cristiano, á la que se adquirió al frente de los Exércitos, haciéndola aparecer con la marca de la Religion. Con este hermoso barniz se nos harán mas lustrosas las brillantes acciones que vamos á ver de su carrera militar.

Yo no tengo que ofreceros en el General Urrutia alguno de aquellos rasgos con que tal vez los jóvenes Héroes indicaron en su menor edad las grandes acciones que con el tiempo llegaron á executar: Dichos y hechos sobre los quales suelen muchas veces hacerse grandes anuncios sin que el éxito corresponda á ellos; porque tambien es propio del corazon pusilánime aparentar fuera de la accion el valor de que carece. Lo que desde luego pudiera formar el horóscopo de grande General en el Cadete del Regimiento de Murcia donde empezó á servir el Señor Urrutia, fué su genio decidido por las

faenas del servicio, su gusto en cumplirlas, su ansia de verse siempre empleado en ellas. Fué su aplicacion á las ciencias exáctas, sin las cuales es imposible formarse un perfecto Xefe, con que se distinguia en la Academia de Barcelona, que se gloriará siempre de haberle tenido por su alumno, y de haberle formado en su seno para honor de su escuela y de la nacion. Estas señales nada tienen de equívocas, y el jóven militar en quien se notan jamas dexará de corresponder á ellas en adelante.

¿Quando no tuviésemos otros testigos de este genio guerrero, de este amor al servicio, de esta aplicacion á la ciencia que forma al soldado, con que el jóven Úrrutia presagiaba lo que seria con el tiempo, podríamos negarle estos sólidos principios de su futura gloria, viéndole muy luego empezar á desarrollarlos en los primeros ensayos de su pericia militar? El grande hombre no tarda en darse á conocer, y su primer fruto anuncia el árbol robusto en quien se reunen los cuidados de la naturaleza y el arte para nutrirle. Nuestras Américas que tanto coadyuvan para nuestro luxo y afeminacion fuéron el primer teatro donde empezó á mostrarse el talento y espíritu marcial de nuestro jóven Héroe. No es pequeña prueba del mérito que ya habia contrahido, el que fuese elegido para pasar en calidad de Oficial á servir en el Regimiento que lleva el nombre de aquel nuevo Mundo, que acababa de crearse, y que por lo mismo necesitaba de

sujetos hábiles que le industriasen. Aquí fué donde al lado de un sabio Mentor que estaba encargado de hacer en aquellas ricas Provincias sitios inexpugnables á la codicia enemiga, empezó á desplegar su grande talento. Aquí fué donde en calidad de Ayudante del Señor Marques de Rubí dió pruebas relevantes de que si alguna vez se puede descuidar en un Subalterno con seguridad del acierto, nunca mejor que quando Urrutia desempeñaba su comision. La práctica de los principios y reglas del arte le abrieron una nueva escuela en las fortificaciones de las Provincias del Reyno de México, donde á un mismo tiempo se desplegaron y perfeccionaron las lecciones de la teoría de la escuela de Barcelona.

El Señor Urrutia vuelve á España hecho, digámoslo así un nuevo hombre; no cargado de oro y de riquezas para pasar una vida muelle, sino de conocimientos prácticos del arte de fortificacion para emprender nuevas fatigas, y enseñar á otros á sostenerlas.

No nos detengamos en ponderar las luces que derramó sobre este ramo del arte de la guerra siendo Maestro en la escuela de Avila, y habiendo sido elegido para este cargo de la enseñanza en atencion á las pruebas que habia dado de su pericia y talento. Conozco que deseais ya verle en el campo de batalla arrostrando peligros al frente del enemigo, mostrando aquella intrepidez y serenidad de ánimo que son el carácter del valor.

Si por algún motivo pudiera decirse que la Religión hace cobardes, sería sin duda por el temor que infunde de la vida futura en el que no vive arreglado á sus dictámenes. ¿Pero puede por ventura imputarse esta falta á la religion misma? ¡Ah! Déseme un soldado que la respete en sus verdades, y que gobierne su corazon por ellas, y yo respondo de su valor en la accion mas sangrienta. ¿En donde mejor podrá imbuirse de máximas heroicas para despreciar la propia vida, quando así lo exíge una justa causa? » No dudes, dice el Eclesiástico, dar el último aliento por la justicia, y exponer generosamente tu vida en su defensa: pelea hasta morir por ella, y Dios arrollará por ti á tus enemigos (1).” ¿Quando el valor se explicó de un modo mas determinado que en boca del Héroe de Israél que mas que los Alexandros y Césares debiera servir de exemplar al soldado cristiano? ¿Hacer frente con ochocientos hombres, y estos casi desanimados, á un Ejército de veinte y dos mil no parece mas bien un acto de desesperacion que de valor heroico? Pero era preciso este exfuerzo para salvar la patria, y una obligacion tan sagrada que la religion representa con toda su fuerza al corazón magnánimo de este valiente Caudillo, le manda que se exponga. » No permita Dios, dice á sus compañeros que le representaban la inutilidad de sus exfuerzos, que yo incurra en esta cobardía

(1) Eccli. c. 4. v. 33.

huyendo de mis enemigos; si es necesario morir muramos valerosamente para dexar este exemplo á nuestros hermanos, y no manchar con un borron tan feo nuestra gloria adquirida. (1) Dice, acomete, vence y muere. Ved ahí lo que hace la Religion.

El Excmo. Señor Urrutia habia recibido de la naturaleza todas las prendas de que puede gloriarse un hombre de valor. De él puede decirse que estaba dotado de fuerzas corporales y de un corazon valiente, como se dixo de Aquiles. Con todo no dudemos afirmar que la intrepidez con que se portó en todas las acciones en que se halló fué mas bien efecto de haber aprendido en la religion, que el morir por el Rey y por la patria es un deber sagrado de un Militar de honor, á que no puede faltar sin degradarse á los ojos de Dios y de los hombres.

Bien quisiera que mi pincel fuese tan valiente como su espada para describirla como las saetas de Jonatas, y como la espada misma de Saul que jamas retrocedieron del enemigo, ni volvió vacia del combate. (2)

Sabido es que asi en la conquista de Menorca y toma del Castillo de S. Felipe como en el campo de Gibraltar se mostró siempre como un Oficial de reputacion, desempeñando gloriosamente los cargos que se le confiaban, y anhelando siempre ser el primero en el combate, obedeciendo las órdenes del Duque de Crillon que por tener bien

(1) 1. Machab. c. 9. v. 10. (2) 2. Reg. c. 1. v. 22.

tanteado su valor le empleaba en las mas árduas empresas.

Mas ya es tiempo, ya es tiempo que saliendo del recinto de nuestra España le acompañemos en aquella gloriosa jornada donde adquirió tantos laureles. No es posible dudar que la guerra era su elemento viéndole emprenderla. España habia quedado pacífica, y el genio del Señor Urrutia que ya habia gustado de la armonía que causaban á su oido el horroroso estruendo del cañon y el zumbido horrisono de las balas no le dexaba sosegar sin ir á buscar sus delicias. Á la verdad las noticias no podian ser mas lisonjeras para un corazon guerrero como el suyo. El Danubio y el Nieper teñidos en sangre presentaban á la Europa un fenómeno horroroso, efecto de una sangrienta guerra entre la Rusia y Alemania unidas contra la siempre arrogante, aunque bien menos temible que en otras ocasiones la Puerta Otomana. El Señor Urrutia ya se halla determinado á servir á una de las Potencias beligerantes. Su religion le hubiera sin duda guiado ál ejército de Josef II; pero su Aliada sobre defender la misma causa contra el enemigo comun de la cristiandad llamaba la atencion de la Europa guerrera por una táctica singular en sus ejércitos, y por la fama que estos se habian adquirido. Aqui es donde nuestro nuevo Campeon desea servir. Pide y alcanza el permiso de su Monarca, y vedle partir tan alegre como Ajax al sacar su suerte.

¡Ó Español generoso! Mi pensamiento vuela en pos de ti presintiendo el honor que vas á hacer á la Nacion que te ha producido. Tú la erigirás una pirámide de gloria con tus proezas, que diga á las Naciones que no está acabada en España su antigua fecundidad de producir Héroes. Ya deseo verte con la espada en la mano derribando turbantes, infundiendo espanto á los enemigos, y siendo asombro por tu intrepidez y valor á los robustos que siguen tu exemplo. ¡Ó sitio de Ozakou memorable! ¡Ó Ciudad fuerte! Tú que como otra soberbia Tiro (1) te gloriabas de ser la señora de los mares que dominas, á quien pagaban tributo las naves que cruzaban por tus costas, y sobre quienes exíguas que te rindiesen los obsequios que les imponia tu orgullosa dominacion. ¿Tú que no ménos arrogante que tus soberbios poseedores te reputabas por inexpugnable confiada en tu situacion ventajosa, en la fortaleza de tus muros, y en el erizado cíngulo de tus baterías, dínos como has de puesto tu arrogancia? ¿Como se han dormido los que velaban en tu defensa? ¿Como cayéron los fuertes que te guardaban? ¿Como de nada te sirviéron los fosos, los baluartes, los rebellines que te defendian, y con que te reputabas por segura? ¡Ah! tú te resientes todavia del móvil de tu rendicion. Tú sabes que aun acaso estarias en poder de tus antiguos dueños, si un Español,

(1) Isai. c. 23.

si el Señor Urrutia no hubiera prestado sus luces para tu rendicion; si no te hubiera escalado el primero despreciando tus balas, arrollando á tus defensores, y entrando por tu brecha al frente de una columna de granaderos.

Bien sabeis Señores, que nada digo que no haya publicado la fama, que no hayan testificado los papeles públicos, que no haya autorizado la Potencia victoriosa en las confesiones de sus Generales; y mas que todo en los honores de su Soberana concedidos en premio á nuestro glorioso Español. (b)

Despues de esta accion célebre donde cogió tantos laureles nuestro difunto Héroe, hagamos una pausa, y no citemos otras sino para hacer honor á su humanidad. Hablo de la toma de Ismail donde tambien se halló, y á la que se siguió aquella sangrienta mortandad que él mismo solia referir con horror. Á la verdad estas sanguinarias escenas, por mas que el cruel derecho de la guerra las haga justas, estremece el referirlas; y el soldado que las executa obedeciendo, debe contarlas llorando. El Señor Urrutia contribuyó con su valor á todas estas empresas, pero su humanidad nada perdió por su valor. (c)

¿Mas debe España estar privada por mas tiempo de su hijo benemérito? ¿No hemos de gozar nosotros de sus triunfos sino con el sentimiento de haberlos alcan-

zado para los extraños? Consuélate España; tu hijo vuelve á ti, y solo para ti empleará en adelante sus talentos y su valor. Hemos visto sus principios y progresos, veamos ya sus fines gloriosos en su carrera militar.

Hasta aquí no nos ha ofrecido el Señor Urrutia sino los hechos que acreditan un Subalterno, cuya gloria está cifrada en obedecer, en executar, tal vez en dar un consejo que sea el que decida de la victoria. Todo esto es propio suyo en toda su carrera. Así que no me detendré ya en manifestar las mismas qualidades en el sitio de Ceuta, y en las salidas contra los Moros que hizo, y que le alcanzaron otros tantos triunfos. Sabido es quanto contribuyó con su pericia y valor á la defensa de aquella Plaza, cuyo mando obtuvo en premio de sus servicios. Pasaré en silencio por la misma razon las acciones que mandó aunque de un grado ya mas elevado, en la última campaña baxo las órdenes de otros Generales.

Es preciso verle mandar en Xefe para formar concepto de su pericia consumada en el arte de la guerra. ¡Mandar en Xefe!.... ¿Á quien? ¿Contra quien? ¿En que tiempo y circunstancias? Si no ponderásemos todo esto, debidamente no daríamos á sus triunfos el precio justo.

Él entra á mandar, pero á un Ejército vencido, desolado y sin esperanza de poder sostenerse. La muerte de un General en el campo de batalla; la pérdida de

nuestras baterías; la entrega de una plaza fuerte principal baluarte de aquella parte de la Nacion, tenian á nuestras tropas, que no eran mas que unas tristes reliquias de un Ejército derrotado, en el estado de abatimiento que es inseparable de las desgracias. Al frente un Ejército victorioso, compuesto ya de aquellas columnas Republicanas que empezaban á ser el terror de sus enemigos: y al tiempo mismo en que siguiendo sus victorias amenazaba á la Plaza de Rosas, que tuvo que rendirse á pesar de la inaudita resistencia que opusieron sus valerosos defensores. (c) En estas circunstancias tan críticas desafio al mayor Héroe que hiciese, no diré mas, pero acaso tanto como hizo el Señor Urrutia. Él se presenta á aquel Ejército abatido, y bien pronto se echa de ver la mano diestra que va á gobernarle. Libertarle en tan deplorable situacion de caer en manos del enemigo, hubiera sido una accion comparable con la célebre retirada de los diez mil. Pero el General Urrutia no sabe huir; lo que sabe es hacer frente, es acometer y ganar victorias.

Guardémonos empero de pensar que sus triunfos en esta ocasion hayan sido efectos de un valor temerario que no reconoce los peligros, que se arroja á probar fortuna en el último recurso, y á quien hablando en frase mundana, la misma fortuna favorece. Nada ménos; el Señor Urrutia que en el estado de Subalterno habia dado prue-

Las de aquella intrepidez y ardor con que debe presentarse en la accion el soldado que obedece, sabia muy bien que el General en xefe al mismo tiempo que anima á los otros, y que pelea en todos, él es el único por quien la prudencia debe moderar las operaciones. El talento del General da la confianza al soldado; ¡pero quan difícil es dar á conocer este talento y prudencia sin comprometer el valor! No hay duda que segun la máxîma del Espiritu Santo la sabiduría es mas poderosa que un grande Exército bien armado. (1) ¿Mas como hermanar los lentos pasos con que procede el varon prudente, con la viveza y prontitud que requiere un combate? Ved ahí lo que no es fácil explicar, y lo que es indispensable que sepa reunir el que manda en xefe. Sagacidad en combinar los medios que pueden decidir de la accion; viveza y prontitud en executarlos son las prendas con que se da á conocer el talento del General. Sus ideas y combinaciones deben extenderse á los menores incidentes que pueden sobrevenir en el lance de la batalla, y todo es preciso prevenirlo con la misma rapidez con que debe executarse. (d) Si el Señor Urrutia no hubiera poseido todas estas prendas, hubiera tenido que tratar de retirarse en el momento que tomó el mando; pero su talento vió todavia recursos para emprender nuevos ataques, y el suceso dió testimonio de que se habian her-

(1) Eccl. c. 9. v. 18.

manado la prudencia y el valor para emprenderlos. Él conoció desde luego que aun podia contar con el valor Español, y que enmedio del abatimiento en que se hallaban las tropas, todavia conservaban el fuego que animaba á los vencedores del Boló y de Trullas. ¡Ah! ¡Que no pueda yo representaros á este nuevo Fabio enmedio de aquel Ejército desanimado por las derrotas que acababa de experimentar, y haceros ver en él una conducta no ménos sabia, no ménos valerosa que la que mereció los elogios de sus historiadores en el Dictador Romano! (\*) No neguemos á este su gloria en haber contenido con su prudencia y sagacidad la rapidez con que el terrible Annibal se habia dexado caer desde la altura de los Alpes á las llanuras de Italia, arrollando las Legiones Romanas, y amenazando á la gran Ciudad con su última ruina. No exâgeremos tampoco haciendo igualmente temible para España el ejército enemigo, como lo era para Roma el que mandaba de nuestra propia Nacion aquel experto General. No; no es preciso que nos valgamos de exâgeraciones mal premeditadas ponderando el poder del enemigo que nos amenazaba, y valuando nuestras pequeñas pérdidas en mas de lo justo para poner en su verdadero punto de vista el mérito de nuestro Héroe en haber impedido que pasasen mas adelante, en haber puesto á nuestras tropas en estado de

(\*) Tit. Liv. lib. 22.

recuperarlas. Dexemos para otra mano mas diestra el hacer este parangon, en que no dudo se hallarán ventajas á favor del General Español. La mía inexperta tiene que ceder á su propia inaptitud contentándose con referir los hechos desnudos de todo adorno oratorio.

Es ciertamente cosa asombrosa que con unos medios tan débiles al parecer, y en el corto tiempo que mandó en Xefe hubiese hecho tanto como hizo. Sabemos que desde que tomó el mando, nuestro Ejército empezó á triunfar y á recobrar lo perdido. Á las pequeñas escaramuzas con que empezó á exercitar á las tropas para enseñarlas á vencer, bien pronto se siguiéron los grandes ataques. Y la batalla de Pontós, la toma de Puigcerdá, y reconquista de la Cerdaña serán monumentos eternos que le den en la historia el lugar que le corresponde por su pericia en el arte de hacer la guerra.

¿Mas que me canso yo en referir estos hechos tan recientes, y de que todos están informados por los papeles públicos? ¿Que ponderacion podré yo darles que pueda igualarse á la sencilla narracion que pudieran hacernos los mismos que me están oyendo, y que los presenciáron y executáron?

¿Decidnos vosotros generosos Cooperadores de sus triunfos, particioneros de sus glorias; vosotros que debeis vuestra creacion á sus deseos de reanimar el valor, y á quienes de consiguiente confiaba lo mas arduo de sus

designios: decidnos la prudencia, la actividad, la pericia, la serenidad de ánimo con que os ordenaba, con que os inspiraba valor; y el gusto, la confianza, la seguridad con que obedeciais sus órdenes. ¿Decidnos si no es cierto que el mandaros acometer, ir á la pelea, no era para vosotros lo mismo que deciros; id á vencer y ganar la victoria. Vuestra modestia os hará sin duda callar lo que pudiera contribuir á vuestra propia gloria; mas la de vuestro General hallará en vosotros sus mejores Panegiristas. Ella se conservará en vuestro cuerpo al lado del lema que os da tanto honor en vuestras banderas. (f)

¿Que mas? ... Los mismos que entonces eran nuestros enemigos le harán justicia, y confesarán que hubieran tenido que retirarse á sus antiguos límites si la guerra hubiera seguido. Puede que se me diga que es demasiado extender las probabilidades á favor de nuestro Héroe. Mas si se atiende al vigor en que ya se hallaban nuestras tropas baxo su mando; si se calcula lo que executaron en poco tiempo, y la superioridad con que peleaban despues de las primeras victorias; si se hace cuenta con el temor que estas habian infundido en el ejército contrario, no parecerá tan infundada mi conjetura. Lo cierto es que el Enemigo huía, y que en su campo se habia esparcido la voz como de espanto; *Urrutia manda; Urrutia es un gran General; Urrutia nos echará de España.*

En fin la Paz vino á traernos el mayor Bien.

El Señor Urrutia tuvo que suspender sus triunfos; pero ellos fuéron bastantes para adquirirle la reputacion de gran General, para volver por la gloria de nuestro nombre, para dar á entender al Enemigo que habia entre nosotros fuerza y valor para resistirle, y que aun estaba muy distante, como acaso ya pensaba, de poder imponernos una ley absoluta.

¿Despues de todo esto vendrá todavia la envidia á decirnos que el Excmo. Urrutia no era tan gran soldado como se queria suponer? ¿Que sus hechos no son para colocarle entre el número de los grandes Capitanes; que... ¿Pero donde voy? ¿quien hay que hable asi? ¿no es el voto de toda la Nacion? ¿no es el de todo el Ejército? ¿no es el de este cuerpo de guerreros testigos de sus operaciones militares, el que le aclama con este título? ¿es otra cosa esta pública aclamacion que el eco del Trono, que por haberle conocido gran soldado le colmó de honores en la milicia? Sí por cierto: el notorio mérito del Señor Urrutia en la carrera militar que acabamos de bosquejar en sus principios, progresos y fines le atraxéron de mano de dos Reyes justos los honores con que estuvo condecorado hasta llegar á la mas alta dignidad. Mas tambien es cierto que sus empleos y altas dignidades le sirviéron para que su mérito se hiciese mas notorio. Entremos en esta segunda parte de sus mejores glorias.

## SEGUNDA PARTE.

ue el hombre intrigante que solo á costa de artificios disimulados, de secretos manejos, de proyectos oscuros y sombríos llega al término de su ambicion alcanzando el puesto que rehusaba verse ocupado por tan viles medios, se muestre en su elevacion indigno de poseerle, nada tiene que estrañar, ni probaria nada del peligro que ofrecen los honores mundanos en su posesion. Mas que el hombre recto, que el varon justo halle tal vez en ellos el principio de depravacion para su rectitud y justicia, es lo que ciertamente prueba la fragilidad del corazon humano, y lo fácil que es pervertirse quando se halla en la mayor altura. Con todo léjos de nosotros el errado concepto de que la virtud no pueda conservarse enmedio de las honras y dignidades: concluyamos solamente que ella se hace mas apreciable quando se halla rodeada de estos peligros. Hemos visto que el Señor Urrutia se trazó á sí mismo la carrera brillante de sus honores militares; sus acciones ilustres se ven en toda ella guardando una hermosa alternativa con sus ascensos, hasta llegar al último grado que ofrece la milicia á sus Alumnos. Si sus títulos ya anunciados prueban la justicia del Gobierno en premiar sus servicios, tambien es cierto que sus servicios fuéron siempre delante de sus honores.

Veamos ya como enmedio de éstos se dexó siempre admirar el varon recto, el grande afable, el cristiano piadoso. Son ya propiamente sus virtudes las que voy á insinuar.

¡Ó que difícil es que el hombre de mérito juzgue igualmente de sí mismo desde el momento en que empieza á verse aplaudido, como se juzgaba quando era el juez su propio conocimiento. El incienso de los aplausos trastorna la cabeza mas bien organizada, y para muchos el momento en que se dan á conocer es el mismo en que empiezan á degradarse. Quizá no por otro motivo comparó el Real Profeta al hombre constituido en honor al animal de carga que sin saber lo que lleva, tropieza y cae agoviado del peso. (1) El Señor Urrutia se vió rodeado de este peligro enmedio de los aplausos que le tributaba la Nacion entera. Pero la rectitud de su corazon supo triunfar de este enemigo de su gloria. ¡Quanto no hubiera sido necesario rebaxar de ella, si á pesar de su mérito le hubiéramos visto anhelar por los puestos distinguidos que ocupó, y de que todos le juzgaban digno? ¡El Señor Urrutia pretender honores!... (g) Él solo trataba de merecerlos dexando á otros el cuidado de procurárselos. ¡Que digo tratar de merecerlos? Él trataba solamente de cumplir con los deberes sagra-

(1) Psalm. 48. v. 13. y 21.

dos que habia contrahido con su Rey y con la Patria: y no dudo afirmar, puesto que tengo pruebas que ofrecer, que él era el que ménos conocia todo lo que merecia. Asi nos lo pinta toda su conducta militar, como Subalerno y como General.

Como *Subalerno*, la mayor parte de sus expediciones las hizo en esta clase. Con todas las prendas de General en jefe él se portaba como un soldado que solo puede acertar obedeciendo. Léjos, léjos de aquí aquellas rateras envidias, aquellas odiosas emulaciones que tal vez trastornan en los Exércitos los proyectos mas bien concertados. Jamás tuvo que quejarse algun Xefe de que el Señor Urrutia no seguia exàctamente sus órdenes: jamas se le oyó censurar la conducta de los que mandaban, aunque en su interior sintiese lo contrario. Si se le pedia, ó se le hacia de obligacion dar algun consejo, hacer alguna advertencia que juzgase ser necesaria, lo daba, y hacia con aquella franqueza y energíá que es propia del soldado que sabe su obligacion; pero sin aquel tono despreciador que es propio del orgullo. Asi el Señor Urrutia prestaba sus luces, y jamas vindicaba el honor que se le debia por el acierto que habian producido. Si hemos de creer á la fama pública y á las relaciones fidedignas, sus consejos acertados como ya llevamos insinuado, no ménos que su valor rindiéron á Ozakou: pero Potenkin no fué defraudado de toda su gloria de

Conquistador por las reclamaciones que haya hecho el Señor Urrutia. ¡Quantos de estos exemplares de modestia no pudiéramos citar, si pudiésemos saber toda la parte que tuvo en las expediciones en que se halló!

Como *General*: Confesemos que toda la Nacion deseaba verle mandar nuestro Ejército; ¿pero hizo jamas el Sr. Urrutia la menor gestion para obtener este honor? ¿Se excusó quando fué elegido con pretextos especiosos de ir tal vez á comprometer su fama, á hacer falaces las esperanzas que se tenia de que él podria recobrar lo perdido? Nada ménos: el vasallo fiel, el buen ciudadano desprecia estos resentimientos personales, estos resabios propios del egoismo. Penetrado del sagrado amor de la Patria siempre se le halla pronto para obedecer las órdenes del Soberano, para sacrificarse en defensa y servicio de la Nacion. Su vida y su fama nada son en su estimacion, quando es preciso desprenderse de ellas para cumplir estas sagradas obligaciones. Él dice con el otro Esparciano, quando tal vez se ve pospuesto al de ménos mérito: *Yo me alegro que mi Patria abunde en sujetos beneméritos: (\*)* y él se presta sin hacerse de rogar á los

(\*) Pedaretes no habiendo sido elegido para uno de los trescientos que obtenian los primeros puestos en Esparta, dixo á sus amigos que le preguntaban por qué mostraba tanta alegria: »Estoy contento porque se han hallado en mi Patria trescientos hombres de mayor mérito que el mio.» *Plutb. Apogt. Lac.*

servicios que se le exigen quando es elegido. Tal fué la conducta siempre igual del Señor Urrutia, como Subalterno y como General.

Su corazon recto jamas se dexó corromper ni por los hálitos pestilentes que despide el pozo inmundo de la envidia, ni por el negro y sufocante humo que exhala el vil incienso de la adulacion. Enmedio del tumulto de los Exércitos, y de las íntrigas de la Corte su carácter invariable fué el amor á la justicia y á la verdad; haciéndose tan notoria esta rectitud, que para indicar una cosa justa ó una cosa cierta se habia hecho como proverbio: *El Señor Urrutia lo ha hecho; el Señor Urrutia lo ha dicho.* ¡Ó quanto estas prendas del varon recto realzan sus honores! ¡Ó como estos se hacen amables quando se ven en un sujeto que los hace servir á tan bellas qualidades! ¿Podrá dexar de ser amado el grande que asi use de su grandeza? No; porque del fondo de su rectitud saca aquella afabilidad, que sin degradarle se concilia el amor y el respeto.

Ignoran ciertamente el arte de grangearse la pública estimacion aquellos hombres adustos y de un carácter desapacible que parece constituyen la esencia de su grandeza en hacerse inaccesibles, y en mostrarse desdeñosos con los inferiores. Piensan que asi hacen mas respetosa la dignidad, y que solo asi pueden conservar el predominio sobre las otras clases que les deben la sujecion.

Pero si asi logran ser temidos, no lograrán jamas el ser amados. Del amor y el respeto se ha de componer la ofrenda que á las aras del grande debe presentar el inferior. Pero este amor y respeto jamas se unirán en el súbdito si á la severidad del mando no está tambien unida en el superior la blandura de la afabilidad. En la sabia mezcla de estas dos prendas está el grande secreto de hacerse obedecer con gusto sin comprometer la autoridad ni hacerla odiosa.

Yo no he tenido el honor de conocer al Sr. Urrutia en su trato familiar; pero á quantos he preguntado, tantos me han respondido que con las apariencias de un carácter algo áspero, era del corazon mas amable y franco con todo el mundo. ¿Mas que necesito yo indagar sobre su vida privada, quando los hechos públicos claman en su favor?

Otra vez quiero que seáis vosotros los que tributais á su buena memoria estos honores fúnebres, los que tambien hableis á favor de este grande hombre, testificándonos lo que habeis experimentado. ¿Decidnos si los amables títulos de hijos, de hermanos, de compañeros, de amigos con que os exhortaba á seguir sus órdenes eran en él unas meras frases de estilo, y no antes efusiones de un corazon lleno de dulzura, que verificaba con las obras? ¿Que Xefe mostró mas amor al soldado? ¿Quien mas elogiaba á los Oficiales de mérito? ¿Quien procuró

con mas ansia el alivio de aquel, y los ascensos de este? ¿De qué otro principio nacia aquel amor universal que le tenia toda la tropa, y el gusto con que le obedecian? ¡Ah! El Señor Urrutia murió; pero los efectos de su amor al soldado vivirán, y formarán época en el Ejército Español. Yo no los cito porque son bien sabidos, y porque no todos pudo verlos realizados conforme á sus deseos.

Ni se crea que solo con la tropa manifestaba estas prendas de su corazon generoso. Se me asegura que era igual con todos; y que el hacer bien á los que se valian ó de su liberalidad, ó de su grande influxo, le era como una propiedad genial. Apreciador del mérito donde quiera que le veia, él se apresuraba quanto estaba de su parte para que fuese conocido y premiado. ¡Ó quantos pudieran hablar en comprobacion de esta verdad, si fuese lícito citarlos! Compasivo con la indigencia la socorria con larga mano; y lo que es mas evitaba quanto podia el que se hiciesen públicas sus liberalidades. ¡Ó que rasgo tan digno de notarse! ¿No es por él ya por donde se nos presenta el hombre recto, el grande afa-ble, como un cristiano piadoso? (1)

Este es sin duda el principal colorido con que debe perfeccionarse el quadro mal trazado de las glorias mi-

(1) Math. c. 6. v. 2. 3. 4.

litares, de las prendas morales que acabamos de ver, y con que se distinguió en medio de sus honores nuestro Excmo. difunto. Yo debo repetirlo sin esta qualidad; todas las otras debieran mas bien excitar nuestras lágrimas en el Templo santo, que darnos ocasion de elogios. Solo en esta reflexi6n podemos hallar consuelo por el sentimiento de haberle perdido. Confesemos delante del Dios de la Magestad que solo hemos apreciado todos los otros títulos de su grandeza en quanto hemos supuesto al varon religioso, al cristiano piadoso, en el grande Capitan. Confesemos que sin este título nada hubiéramos dicho digno de este puesto; nada que no hubiese recaido sobre unas glorias vanas; y que segun la valiente comparacion del Sabio, son por sí mismas como la pelusa en que se convierten las flores y que esparce el viento; como la espuma débil que flota sobre las aguas y que disipa la tempestad; como el humo que se resuelve por el ayre; y en fin como la memoria del viajero que pasa, y que solo se detiene un dia en la posada. (1)

Mas vedme aqui otra vez obligado á guardar silencio quando mas esperabais de mí el consuelo. Silencio á que me obligan los decretos respetables de la Iglesia para no aclamar virtudes en el Santuario sino á las que ella misma

(1) Sap. c. 5. v. 15.

reconoce y aprueba por tales. Silencio que me impone la santidad del puesto que ocupo, para no prodigar sus elogios á lo que no sea la santidad misma.

Con todo mi silencio no es preciso que sea absoluto. Yo puedo decir sin faltar á mi obligacion de Orador cristiano lo que baste para que no quede incompleta esta Oracion fúnebre en la parte mas esencial, para que nos sirva de consolacion en la muerte del Héroe que lloramos, y que á todos nos sirva de leccion importantísima.

Para lo primero bástenos saber que nuestro Excmo. difunto respetó y vivió siempre adicto á la Religion en que fué educado, y á sus máximas sagradas. Léjos, léjos de su corazon piadoso quanto oliese á impiedad, á irreligion, á la menor duda, á la mas leve apariencia de negar su fé, de avergonzarse que era cristiano. Él viajó por Países extrangeros; él estuvo enmedio de unos Exércitos donde dominaba una religion diferente de la suya. ¿Que digo religion diferente?... Donde podemos decir sin hacerlos injuria, que la libertad de pensar en asuntos de religion le expondria mil veces á perder la suya, si no se hallase bien arraigada en su corazon. Pero el Señor Urrutia tratando de hacerse un buen soldado fué siempre un cristiano firme en su creencia, y si buen católico salió de su patria, buen católico volvió á ella. ¿Supuesta esta adhesion á su fé, esta veneracion á sus

verdades y máximas, por que no podrémos decir que todas sus bellas qualidades de un grande Capitan, que todas sus prendas morales y amables que manifestó en medio de sus honores, no eran otras tantas virtudes cristianas? Como tales las hemos anunciado para formar el elogio fúnebre del militar cristiano: y piadosamente debemos creer que no nos hemos engañado en la union que hemos hecho llamando virtudes cristiano-militares á las que formáron su brillante carrera.

Digamos tambien que haciendo justicia á su conducta, ninguno de aquellos vicios dominantes que deshonoran al cristiano en sus costumbres se manifestó en sus acciones. Por el contrario, las tenemos edificantes aun en medio del ruido estrepitoso de las armas. Sabemos quanto encargaba el respeto á los Lugares santos quando se hacia preciso hacer uso de ellos, quando era indispensable entrar en ellos para el logro de alguna accion. Sabemos que su mayor confianza la ponía en Dios como en el Árbitro soberano de la suerte de los Exércitos y Señor de las batallas, sometiéndose siempre con la mayor resignacion á sus adorables disposiciones. Sabemos el cuidado con que encargaba á los Subalternos que no dexasen jamas, á no ser incompatibles con el actual servicio, aquellas obligaciones establecidas, aquellos actos de religion que mandan las Ordenanzas á los Exércitos católicos. Sabemos en fin que en estos puntos era el pri-

mero que daba el exemplo, y que miraba como una falta imperdonable los descuidos que notaba en el soldado acerca de estas funciones tan sagradas.

Estas pruebas de la cristiandad del Excmo. Sr. Urrutia unidas finalmente á una muerte cristiana, á una muerte en que recibió con pleno conocimiento los auxilios de la Religion, nos deben hacer creer piadosamente que sus cristianas virtudes coronaron sus hazañas militares. Una carrera brillante, una carrera que muestre siempre al hombre digno de los honores que obtuvo, al hombre de mérito en medio de los mas altos honores, coronada con una muerte cristiana: ved ahí Señores, lo que el Señor Urrutia nos ha dexado que admirar.

En fin murió el excelente Soldado, el Oficial de mérito, el grande Capitan, el Honor de nuestras Armas, el Amado de los Exércitos, el Restaurador de nuestras perdidas glorias. Digno es, digno es en esta parte de ser llorado: digno es que resuene el eco triste de nuestros lamentos por haberle perdido en todas las Provincias de la Nacion. Digno es que como David lloró á Saul y á Jonatás, le lloren los Grandes, los Guerreros que ha dexado, interesando en su llanto á todos los Ciudadanos que han perdido su Defensor. Digno es que le llore toda la Milicia Española, todos los Soldados á quienes fué amando hasta el Sepulcro. (g) Digno es con especialidad que le lloreis vosotros que justamente os gloriais de

ser hechura suya, á quienes amaba como á sus predilectos hijos, que habeis logrado de su favor, que habeis sido participantes de sus empresas militares, con quienes partia sus laureles; y que derrameis vuestras lágrimas sobre esa funesta tumba que os representa su muerte, exclamando con David: *Doleo super te, frater mi Jonata.* (1) Nuestro corazon se parte de dolor al contemplarte ya difunto, ó Protector, ó Padre, ó Amigo, ó Hermano nuestro en la guerra. *Doleo super te, frater mi Jonata.* Justo es que le deis este testimonio público de vuestro dolor y pena, por haber perdido al que os amaba, al que os tenia en su corazon, al que debeis vuestras glorias, y no habrá quien no os acompañe en vuestro justo sentimiento. *Doleo super &c.*

Pero en medio de vuestros justos llantos no os olvidéis de las lecciones que os ha dado, de los exemplos que os dexa que imitar. Yo puedo muy bien concluir su oracion fúnebre con las mismas palabras con que la Escritura concluye el elogio del anciano Eleázaro: En fin murió este hombre respetable en la guerra, dexando en su gloriosa memoria no solo á los Jóvenes militares, sino mas y principalmente á los Soldados provecutos, exemplos de valor y fortaleza que deben imitar. (2)

¿Y que leccion por último nos dexa á todos con su

(1) 2. Reg. cap. jam cit. (2) 2. Mach. c. 6. v. 31.

muerte? El exemplo práctico de lo poco que valen las glorias de este mundo. El conocer que en la muerte todos somos iguales, y lo que en ella se debe apetecer es haber vivido cristianamente. El Excmo. Señor Urrutia nos ha dexado bastantes fundamentos para creer piadosamente que sus mundanas glorias no habrán servido de impedimento para su salvacion. Con todo los juicios de Dios son terribles. En tanto, lo que nos toca es pensar bien, y el tratar de ayudar con nuestros sufragios el Alma de nuestro Excmo. difunto. Vengamos pues, y si tanto nos interesáron sus glorias, démosle este principal testimonio de nuestro reconocimiento y grata memoria, diciendo sobre su Tumba con la Iglesia; *Anima ejus, et animae omnium fidelium Defunctorum per misericordiam Dei requiescant in pace. Amen.*



## NOTAS.

Pag. 6. lin. 3. = Sabido es que á propuesta del Señor Urrutia en la campaña de 95. se sirvió el Rey crear el Regimiento de Cazadores voluntarios de la Corona, compuesto de Oficiales y Soldados de los Regimientos de Infantería de aquel Ejército, que se presentaron para las acciones de mas riesgo &c.

Pag. 16. lin. 21. = Téngase tambien presente la Expedicion de Argel en la que se halló Urrutia de Ayudante mayor del Regimiento de América, y que en Mahon y Gibraltar mandó alternativamente las Columnas de Granaderos, no siendo aun mas que Capitan de esta clase.

Pag. 17. lin. 19. = El General Urrutia antes de pasar á Rusia se habia detenido en Francia y en Alemania estudiando en Metz, Strasburgo, Viena y otros paráges los Establecimientos Militares de aquellas Naciones, su táctica y constitucion militar, sus arsenales y máquinas útiles, de todo lo qual traxo á España una riquísima coleccion de memorias y planes.

Pag. 19. lin. 11. = Despues del asalto de Oczacow el Feld-Mariscal Príncipe de Potenkin le regaló un magnífico estoque, y S. M. I. la Czarina recompensó á nuestro Urrutia con la cruz de S. Jorge y la Espada que en aquel Imperio es recompensa del *Valor sublime*.

Pag. 21. lin. 11. = La Plaza de Rosas, si puede llamarse tal, resistió al Enemigo por mas de sesenta y seis dias de trinchera abierta, y setenta y quatro de embestimiento; quando no habia exemplar de que plaza alguna de Europa, ni aun las de primera órden, hubiese prolongado tanto su defensa contra los esfuerzos de los Franceses en la guerra de la revolucion.

Pag. 22. lin. 21. = Compruébalo la memorable expedicion sobre la Cerdaña, para la qual supo ocultar en el frente del Ejército la disminucion de todas las Tropas que concurriéron á ella, y ejecutarla con indecible celeridad sobre una marcha sabiamente combinada en el Pais mas áspero y de ménos recursos.

Pag. 25. lin. 11. = Quando en el año de 97. solicitó el Regimiento de Cazadores voluntarios de la Corona que

se le concediese el uso de Banderas, propuso que la suya llevase estampada una Corona orleada del siguiente lema: *Por su perpetuidad y decoro vencer ó morir.*

Pag. 28. lin. 21. = Concluida la Guerra habiendo quedado el Señor Urrutia en el empleo de Capitan General del Ejército y Principado de Cataluña con la Presidencia de su Real Audiencia representó á la Superioridad no hallarse con aptitud para el desempeño de aquellos encargos como él creia, por efecto de su excesiva modestia, hasta que admitida su dimision se retiró á Balmaseda su patria, Pueblo de las Encartaciones de Vizcaya.

Pag. 37. lin. 25. = Nada es mas conocido en el Ejército Español que el entusiasmo del Señor Urrutia por la profesion militar y su particularísimo amor al Soldado. Este fué tan constante que en sus últimos momentos al dictar las disposiciones de su propio Entierro tuvo presente convidar á cinquenta Granaderos de la guarnicion de Madrid para llevarle y acompañarle hasta el sepulcro, señalándoles una corta gratificacion proporcionada sino á la generosidad de su corazon, á lo ménos á la corteidad de su bolsillo: porque este General despues de tantos mandos, recompensado liberalmente por el Rey con

buenos sueldos y encomienda, y haber vivido sóbriamente, y sin ostentacion ni luxô, no ha dexado á sus herederos mas que el lustre de su nombre; y con todo su moderacion no le permitió hacer uso de las generosas ofertas que durante su última enfermedad le estuvo haciendo siempre la amistad del Excmo. Señor Príncipe de la Paz.





